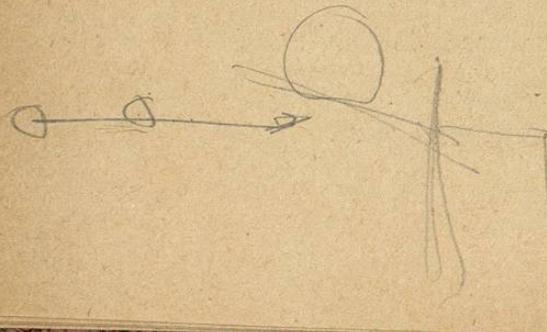


elegías de Tirteo, que en su lugar insertamos, dando por elegía cuarta de aquel poeta un notable fragmento de canción bélica del jónico Calino.

Las traducciones del célebre orientalista D. José Antonio Conde (en general flojas y desmayadas) nos han servido para llenar los vacíos de Canga-Argüelles y Castillo. De esta manera ha podido resultar muy completa la colección de los fragmentos de Safo. Al mismo Conde pertenece la versión de las lozanas odas amorosas, generalmente muy poco conocidas, del poeta sirio Meleagro de Gádara, colector de una de las primeras antologías y autor presunto de no pequeña parte de la colección anacreóntica.

Los poetas didácticos como Hesiodo, los épicos líricos como Calímaco y Museo, los *gnómicos* y moralistas como el Pseudo-Focílides y el autor de los *versos áureos*, y los autores de parodias y poemas burlescos como la *Batracomiomaquia*, quedan reservados para otro tomo, donde esperamos poder ofrecer á nuestros lectores no poco de inédito y de raro.




---

## VIDA Y OBRAS DE ANACREONTE.

---

I. Anacreonte nació en Teos, ciudad de Jonia, de una noble familia entre cuyos individuos se contaba el legislador Solón. Era ya adulto y célebre poeta cuando, huyendo de Harpago, general de Ciro, emigró de su ciudad natal á Tracia, estableciéndose en Abdera, oscura población que desde entonces, según un dicho conservado por Estrabón (1) y atribuído al mismo Anacreonte, se llamó *hermosa colonia de Teyanos*, *καλή Τηλω ἀποικία*. En uno de sus epigramas habla de su segunda patria:

Todo Abdera con lúgubres gemidos,  
 Cuando tu cuerpo el fuego consumía,  
 Tellamaba, Agatón, que en su defensa  
 Perdiste audaz la generosa vida.  
 Nunca á otro tal el sanguinoso Marte  
 Mató cruel en la revuelta lidia.

---

(1) Lib. XIV, 1.

Habiéndose verificado la emigración Teyana en el año 540 antes de Jesucristo, podemos presumir que el nacimiento de Anacreonte sería hacia el 560, fecha no más que aproximada y verosímil, pero algo más exacta que las Olimpiadas LXI ó LXII que algunos quieren, ó que la excesivamente retrasada de los que le hacen contemporáneo de Alceo y Safo, cuyo florecimiento llegaba á su apogeo al terminar el séptimo siglo.

Gobernaba por aquel entonces á Samos Polícrates, tirano de magnánimo y elevado espíritu, el más espléndido, activo y emprendedor de cuantos en su tiempo regían las repúblicas griegas. Su poder se extendía sobre gran parte de las islas del Egeo; mantenía relaciones con muchos soberanos extranjeros, y procuraba embellecer la capital de sus estados con todos los atractivos de las bellas artes. En su corte, comparable en fastuosidad y magnificencia á las de los monarcas orientales, encontramos á Ibico y á Anacreonte. Éste, según una curiosa anécdota referida por Herodoto (1), se hallaba al lado del Príncipe poco antes de que el traidor Oretes, sátrapa de Cambises, le diese cruel y afrentosa muerte (522 a. d. C.). Anacreonte, según Máximo de Tiro (2), templó con su benéfica influencia el carácter violento del tirano, y adquirió allí tan gran celebridad y fama que, al enumerar el egipcio Amasis los dones con que una fortuna sospechosa de puro constante favorecía á Po-

(1) Lib. III, cap. XXI.

2) Dis. XXI.

lícrates, menciona entre los principales la amistad y compañía de Anacreonte (1). Agradecido á las distinciones de que era objeto, dedicó á su protector la mayor parte de sus deliciosos cantos, y celebró la gracia y hermosura de los gallardos adolescentes consagrados al servicio del tirano, y gala y recreo de su corte. El tracio Esmerdis, de rizada y abundante cabellera; Batilo, hábil flautista y dulcísimo cantor; Cleóbulo, de mirada virginal; el alegre Leucaspis; el amable Meguisto, y Símalo, tañedor de la péctide, son citados frecuentemente por Anacreonte en los fragmentos auténticos. En ellos les tributa elogios ó cariñosas frases, en que una afección tierna y verdadera se mezcla graciosamente á poéticas ficciones impuestas, digámoslo así, por el cargo semioficial de poeta palaciego.

Varias anécdotas amenizan, ya que no ilustran, este período de su vida. Cuenta Máximo de Tiro, con toda la gravedad imaginable, que siendo el poeta muy joven todavía, empujó y derribó en las fiestas de Neptuno celebradas en Micala á una nodriza que llevaba un niño en brazos, la cual se levantó exclamando: «Ojalá llegues á amar al que has maltratado;» cumpliéndose después la profecía, pues el niño en cuestión era Cleóbulo. Polícrates, envidioso, dice Eliano, del cariño que manifestaba á Anacreonte el mozo Esmerdis, le castigó cortándole el cabello, creyendo molestar así al poeta que tanto lo había celebrado; pero éste, con

(1) Máximo de Tiro, Dis. XXXV.

discreción suma, no se dió por entendido, echando la culpa de lo sucedido á un extraño capricho del muchacho. El mismo Príncipe le regaló en cierta ocasión cinco talentos, cuyo destino y guarda preocupó de tal modo á Anacreonte, que se los devolvió á la mañana siguiente, renunciando á un tesoro que la robaba la alegría y el sueño.

Rindió Anacreonte tributo á la belleza femenina. En un fragmento que Ateneo nos ha conservado, habla del desvío de una joven Lesbense, que no puede confundirse, como quiere Camaleón de Heraclea, con la insigne Safo, pues las fechas demuestran que la poetisa había nacido medio siglo antes (1). En la odita *La yegua de Tracia*, bella alegoría imitada por Horacio, alude también á una esquiva doncella; pero en una y otra poesía se ve que la pasión amorosa no le hiere en lo vivo del alma, ni llega á producir en él aquellas hondas perturbaciones tan pasmosamente descritas por Safo. Mayor interés debió inspirarle la rubia Eurípide, á juzgar por la vehemencia de sus diatribas contra Artemón, rival afortunado. Mas para apreciar con acierto la significación de estos y otros amores, conviene no olvidar nunca que las bellas requebradas son *hetairas*. Jamás una doncella libre, Jonia ó Ateniense, hubiera podido, sin abdicar las prerrogativas de su clase, salir del círculo estrecho de su familia, y tomar parte en los banquetes y orgías de los hombres. Las hetairas, pri-

(1) Vid. Philarete Chasles, *Etudes sur l'antiquité*, página 280.

vadas de ciertos derechos civiles, pero muchas veces tan hermosas, espirituales y doctas como Aspasia, eran las únicas que embellecían con sus encantos aquellas diversiones. Dedúcese de aquí naturalmente, dice Müller (1), que las jóvenes con las cuales quiere bailar y jugar Anacreonte, ofreciéndoles, después de opípara cena, una canción acompañada de la péctide, son hetairas ó cortesanas, como las beldades celebradas por Horacio.

A la muerte de Polícrates en 522 antes de Cristo, regía los destinos de Atenas el tirano Hiparco, que trataba de hacer llevadero su gobierno dorando las cadenas de sus súbditos y lisonjeando sus aficiones artísticas. A él se debe la primera edición de los poemas de Homero que los rapsodas debían cantar en las Panateneas; á él otras discretas medidas que levantaron muy alta la educación poética de los Atenienses. Su corte, bellamente comparada por Moore á una vía láctea de ingenios, tuvo como estrella de primera magnitud á Anacreonte. Hiparco, de ser cierto el testimonio de Platón en el diálogo que lleva el nombre de aquel Príncipe, le había hecho venir al Atica en una galera de cincuenta remos. Anacreonte consagró preferentemente su musa al nuevo Mecenas; pero también celebró en sus versos á otros ilustres Atenienses, y con especialidad al joven Critias, cuyo linaje fué famoso en la historia de la ciudad de Minerva.

Los Alévadas, familia soberana de Tesalia, es-

(1) *Histoire de la Litt. greque*, traduite par Hillebrand. París, 1866, tomo 1, pág. 381.

pléndidos y celosos protectores de las artes y hospitalarios como ninguno, atrajeron después á su corte al poeta, cuya amistad se disputaban entonces los hombres más poderosos de aquel tiempo. Un epigrama suyo recuerda la munificencia de aquel linaje:

Para honra tuya y cívico ornamento,  
Equecrátides, príncipe tesalio,  
Alzó, Baco, este insigne monumento.

Al tratar de sacudir la Jonia, á instigación de Histio, el ominoso yugo persa, regresó Anacreonte á su patria; pero obligado á emigrar nuevamente, acabó tranquilamente sus días en Abdera á la avanzada edad de ochenta y cinco años, en el 475 antes de Jesucristo, de ser cierta la fecha en que hemos fijado su nacimiento.

Como tratándose de hombres célebres parecen empeñados los biógrafos en justificar el adagio *qualis vita finis ita*, Anacreonte, cantor de las dulzuras de Baco, dicen Suidas y otros (1) murió, por especial privilegio de los dioses, ahogado por un grano de uva que se le adhirió tenazmente á las fauces. Cosa, si bien no imposible, con sus visos de patraña, y parecida al salto de Leúcade ó á la singular muerte de Eurípides á manos de las Tracias por pecados literarios cometidos en el Atica.

La longevidad de Anacreonte hace verosímil, contra el parecer de Müller (2), su permanencia en

(1) Valerio Máximo, lib. ix, cap. xii.

(2) Ob. cit. i, 376.

Teos durante los acontecimientos de que esta ciudad fué teatro al comenzar la segunda guerra métrica. El epigrama de Simónides (1), donde se habla del sepulcro de nuestro poeta en su patria, no es suficientemente explícito para decidir si se trata de una verdadera tumba ó de un simple cenotafio honorífico. Teos honró su memoria acuñando monedas con su busto y erigiéndole una estatua; y en la Acrópolis de Atenas se le erigió otra, que le representaba en la actitud de un beodo, al lado de las de Pericles y Jantipo. Después, todas las artes le han rendido tributo, y se han cantado sus elogios en todas las lenguas literarias. Desde Simónides hasta Víctor Hugo, pocos poetas de valer han dejado de añadir alguna flor á su corona. El número de ediciones de sus obras raya en extraordinario; nadie ha tenido más intérpretes ni más admiradores. Los Padres de la Iglesia adoptaron sus formas; un género de odas lleva su nombre; su metro favorito ha retoñado en el Parnaso hispano; Chérubini lo ha resucitado en el teatro lírico, y el lápiz de Girodet lo ha divinizado.

II. La perífrasis *El Viejo de Teos*, con la cual escritores griegos y latinos suelen designar á Anacreonte, prueba que conservó hasta los últimos años de su vida las brillantes facultades de su ingenio. Muchas debieron ser, por consiguiente, sus obras poéticas; pero el tiempo, que las había res-

(1) *Antología Palatina*, vii, 26.

petado hasta el siglo de Augusto, según la bella frase de Horacio (1),

Nec si quid olim lusit Anacreon  
Delevit aetas,

se cebó después sañudamente en ellas hasta conseguir la completa destrucción de casi todas. Nada queda de un poema en que cantaba la rivalidad de Penélope y Circe, enamoradas del héroe de la *Odissea* (2); nada de otros sobre la Guerra de Júpiter y los Titanes y sobre el Origen de la divinidad del águila; nada de una obra acerca del Sueño, y de otra titulada *Περὶ ῥιζοτομικῆς* ó *De la Herborización*, cuya paternidad le atribuye el Escoliasta de Nicandro en las *Teriacas*. Suidas dice que compuso en dialecto jónico *Elegías*, *Yambos*, *Canciones báquicas*, y *las llamadas Anacreónticas*; Crinágoras (3), si en efecto se refiere á Anacreonte, habla de una colección de poesías líricas en cinco libros, y Ateneo confirma con el suyo el testimonio de los escritores citados; la Antología contiene muestras de que escribió *epigramas*, y el *epitalamio* y el *himno* hallaron en su lira interpretación delicada. Casi toda esta dulce obra de

(1) Lib. iv, oda 9.

(2) A él alude Horacio (lib. i, oda 17), cuando dice:

«.....et fide teia

Dices laborantes in uno

Penelopen, vitreamque Circen.»

(3) Véase su traducción. Hay sospechas de que el dístico que se refiere á Anacreonte en el epigrama aludido, es postizo y obra de algún corrector posterior.

las *Gracias* ha perecido en el naufragio de los siglos. Enumeremos lo que se ha salvado.

Quedan de Anacreonte unos *ciento cincuenta fragmentos*, muchos de cortísima extensión, conservados en su mayor parte por Ateneo, Hefestión, Máximo de Tiro, Estobeo, Estrabón, y por los Escoliastas de Homero, de Aristófanes, de los Trágicos, de Píndaro, de Apolonio de Rodas y de Nicandro; otros, citados por los lexicógrafos y gramáticos Suidas, Ammonio, Hesiquio, Póllux, Prisciano, Plocio, Servio, Apolonio el Sofista y el autor del *Etymologicum magnum*; y algunos, en fin, por Luciano, Longino, Juliano el Apóstata, Higino, Eliano, Dión Crisóstomo y San Clemente de Alejandría; un *poemita contra Artemón*, en el *Banquete de los Sofistas* de Ateneo; dos estrofas de un *Himno á Diana*, citados por Hefestión en su *Enchiridion*; la oda *Πῶλε Θρηάτη*, que debemos á Heráclides Póntico; el *Epitalamio de Estratocles y Mirila*, conservado por Teodoro Pródromo; *veinte epigramas* recogidos por Constantino Céfala en su célebre *Antología*, y la colección titulada *Ἀνακρέοντος Τῆτος Συμποσιακὰ ἡμιᾶμβιζ καὶ Ἐνακροντεία καὶ τρίμετρα*, *Canciones de sobremesa semiyámbicas de Anacreonte Teyo y anacreónticas y senarias*, compiladas por el mismo literato bizantino, y descubiertas y publicadas por Enrique Esteban, según detalladamente referimos en otro lugar.

Para colmo de desgracia, la mayor parte de las obras conservadas ó no son de Anacreonte ó inspiran vehementes sospechas sobre su autenticidad, como sucedé con los *Epigramas y Anacreónticas*. De los

primeros, dos son conocidamente apócrifos: el que elogia á Sófocles y el que ensalza la célebre novilla ejecutada en bronce por Mirón. La cronología demuestra que el insigne trágico alcanzó su primer triunfo años después de muerto Anacreonte; y el famoso escultor, nacido en 502, no es probable lograse en vida de nuestro poeta el grado de admirable perfección que suponen los muchos epigramas compuestos en honor suyo. Los restantes, si bien estimables por su claridad y elegante precisión, carecen en su mayoría del estilo característico y genial de Anacreonte.

Más poderosas razones hay para negar la autenticidad de la colección Anacreóntica. Ninguna de sus odas contiene, en efecto, el texto de los ciento cincuenta fragmentos de Anacreonte, conservados en las citas de los escritores nombrados antes; ninguna hace la menor memoria de Polícrates de Samos, cuyo nombre llenaba, según Estrabón (1), la poesía anacreóntica; ninguna se refiere á las circunstancias particulares en que nuestro poeta componía; ninguna ofrece los enérgicos y vigorosos trazos de la vida real, sino una vaga y difusa pintura del amor y de los placeres, en cuyas líneas se ve algo de convencional y de sofístico. Ciertamente cantan bellamente los asuntos favoritos de Anacreonte: la vejez alegre, el elogio del amor, las dulzuras de Baco, el desprecio de las riquezas, la fuerza y travesuras de Cupido, la templanza en el beber, la hermosura de Batilo, el atractivo de las

(1) Lib. xiv.

Musas, las delicias de la rosa; pero sin imprimirles el cuño característico de la personalidad con que el gran lírico sabía señalar todas sus obras. Los rasgos de niño bribonzuelo, burlador desvergonzado del hombre, con que presentan al hijo de Venus, no concuerdan con los de aquella formidable deidad que hiera á Anacreonte con terrible segur y le obliga á bañarse en el glacial torrente. Tal idea del amor, completamente extraña al arte antiguo, se halla muy conforme, por otra parte, con los juegos epigramáticos de la literatura alejandrina, y con las obras plásticas de la misma época en que se ve al travieso Cupido en todo género de aventuras infantiles. Esto, unido á no encontrarse en su frase rastros del dialecto jónico, ni variedad de metros, sino monótona repetición del dímetro yámbico cataléctico, ni elegancia y corrección constante, sino, en varias ocasiones, dicción prosaica y prosodia defectuosa, demuestra concluyentemente que las odas coleccionadas por Constantino Céfalas no son, en su mayoría, obra de Anacreonte.

No es posible desconocer, sin embargo, que muchos de estos poemitas son dignos del cisne de Teos, y que justifican, por su mérito, la extraordinaria aceptación con que han sido recibidos, estudiados, imitados, comentados y traducidos. ¿Quién, después de leerlos en el original, no queda prendado de su encantadora sencillez y deseoso de exclamar con el comentador de la edición de Parma: «Almas sublimes, discípulos de Apolo, que desde Alcán habéis suscitado, cultivado y difundido en toda Grecia la poesía lírica, hay por ventura vate

alguno que en ingenuidad y candor y en dulzura métrica haya podido vencer al cantor Teyo?» En todos, hasta en los más insignificantes, hay delicados primores. Ejemplo la oda primera, cuyo Pensamiento nada vale, dice Pierrón, pero que tiene cierta graciosa ingenuidad que cautiva el ánimo.

La poesía de Anacreonte no va nunca más allá de la superficie, y carece de aquella profundidad moral que suele hallarse en los líricos eolios sus predecesores. El poema satírico contra Artemón es buena prueba de ello. A pesar de que el poeta parece seriamente irritado contra su afortunado rival, sus invectivas no pasan sin embargo de los signos exteriores: el traje ridículo, la amistad con gentes viles, los castigos impuestos á sus truhanerías contrastando con su actual boato, pero nada sobre el valor ó infamia moral, al menos en lo que se censura.

La linda alegoría titulada *La yegua de Tracia* y algunos fragmentos eróticos demuestran que tampoco sentía seriamente el amor. Las odas báquicas celebran el vino únicamente como medio de alegrar la sociedad, sin llegar á percibir en él nobles efectos, como Alceo al proclamarlo padre de la verdad (1). Los restos de el *Himno á Diana* no bastan para juzgar su fervor religioso; pero el poema Πολοὶ μὲν ἡμῖν ἦδη y otros dan á conocer la poca elevación de su filosofía, cuyos principios se limitaban á considerar la vida como el supremo

(1) Fragm. 16. Blomf.

bien y á buscar en los goces templados y tranquilos la suma felicidad. Por eso dice el tan citado Müller (1): «A la poesía de Anacreonte puede aplicarse con exactitud el juicio de Aristóteles sobre la escuela jonia de pintura representada por Zeuxis, que floreció un siglo después; á pesar de la elegancia del dibujo y del colorido seductor, falta en ella τὸ ἦθος, el carácter moral.

No hay, sin embargo, razón suficiente para formular un especial capítulo de cargos contra la moralidad de nuestro poeta. Sus amores, sus elogios del vino, su afición á los placeres, su apatía religiosa, objeto de acerbísimas censuras, son comunes á casi todos los escritores de la antigüedad clásica. No pretendemos defenderlo, por más que para hacer su panegírico pudiéramos aducir copiosas citas, ya de Platón (2), que le llamó σόφος, sabio, ya de Sócrates, que le calificó ἀνδρῶν ἀπάντων σοφώτατος, el más docto de los hombres, ya de Eliano, que se indigna contra sus detractores (3), ya de Ateneo (4), que elogia su templanza, ya de Máximo de Tiro, que diserta larga y apologéticamente sobre su arte y costumbres, y sólo dejaremos consignado que es, con rarísimas excepciones, el más decente de los clásicos. ¿Cuál de ellos, si no, podría arrojar la primera piedra, tratándose de cierto abominable vicio? Ni el bondadoso Virgilio,

(1) Op. cit., pág. 383.

(2) En el *Fedro* ó de *la Belleza*.

(3) *Var. Histor.*, lib. ix, cap. iv.

(4) Lib. x, 7.

ni el divino filósofo del ideal, ni Sócrates, el más justo de los hombres, saldrían bien parados de una información que nos guardaremos muy bien de abrir. Cúlpele, pues, á la mitología, á la filosofía y á las costumbres paganas de esta aberración, de la cual sólo hay indicios y no palmarias pruebas en la poesía anacreóntica.

La acusación de intemperancia en la bebida sí que no tiene razón de ser. Ya lo dijo Ateneo (1) hace veinticuatro siglos: «Siendo sobrio y bueno, se finge beodo al escribir.» La embriaguez anacreóntica es, en efecto, una *ficción poética* y no un apetito grosero y soez. El Baco cantado por Anacreonte no es la poderosa deidad cuyos vapores producían los furiosos extremos y el frenesí de las orgías, sino el amable *Lico*, disipador de penas y desarrugador de ceños, compatible con las Musas, enemigo de estruendo y gritería, y amigo de la buena sociedad, con cuyos atractivos, más bien que con el zumo de la vida, da alivio y esparcimiento al corazón. Por otra parte, ¿qué beodo es éste que pide antes agua que vino, *φέρ' ὕδωρ, φέρ' οἶνον ἢ πικρ*, y sin escándalo del vientre echa de aquélla en la copa doble cantidad? Celebrar así el vino no arguye, ni mucho menos, vicio de embriaguez.

Hay, además, tanto en los fragmentos auténticos como en las anacreónticas de la colección, inspiradas como es natural en el modelo, buenos pensamientos, suficientes en número para demos-

(1) Id. *ibid.*

trar que, sin tener la rigidez estoica, no son completamente relajados los rasgos de su fisonomía moral. La templanza, virtud cantada en versos de oro por Horacio y León, es patrimonio del lírico Teyano. Anacreonte no quiere el cuerno de Amaltea, ni las riquezas de Giges, ni el cetro de Argantonio; aborrece la guerra, detesta la plata, desconoce la envidia, abomina la murmuración y elogia con el ejemplo la sobriedad; su ambición se satisface con una corona de flores; sus aspiraciones no van más allá del hoy; basta á su alimento un pedacito de pan y una copa de vino, y su gusto está cifrado en pasar tranquilamente la vida en compañía de las Musas y el Amor. Bajo este punto de vista, aunque exagerando las conclusiones al extremo de incurrir en el Epicureísmo prefiriéndolo á la moral del Pórtico, pudo decir Castillo y Ayensa, en el prólogo de su elegante traducción (1): «En las poesías de Anacreonte hay un objeto filosófico de bastante interés. La paz es hija del amor y de la alegría; la guerra y todas las pasiones feroces que la acompañan nacen del desamor y tristeza. Gocen los hombres y estén alegres, y vivirán en paz; inclínense á gozar, acostumbren sus ánimos á la serenidad, y detestarán la discordia. Las máximas que indirectamente les conduzcan á la conservación de la sociedad, serán siempre un correctivo de las pasiones fuertes que tienden á la destrucción. Un filósofo de los más grandes de Atenas conoció después las miras de

(1) Pág. xxiv.

Anacreonte, y aprovechándose de sus máximas fundó un sistema, que si no agradó á los atroces Espartanos, ni á los orgullosos estoicos, no por eso dejó de ser el más sociable y el más adecuado á la débil humanidad.» Valga esta cita, más que para comprobar nuestro aserto, para hacer ver que no nos ciega al defender á Anacreonte el amor de Traductor á Original.

Si al apreciar la moralidad de la poesía anacreóntica hay, como hemos visto, disensiones, son en cambio unánimes y entusiastas los aplausos prodigados á su mérito literario. La palabra se resiste á expresar la dulcísima impresión que su lectura produce, y no hay forma de decir cómo se siente la belleza, la gracia, la elegancia sencilla, la naturalidad en la sucesión de los pensamientos, la suavidad indefinible de los tonos, el arte sin arte, y la ciencia sin ciencia de sus obras. Extáticos de admiración los críticos más profundos, apelan al lenguaje figurado para exponer sus juicios. Quién le llama el más agradable Cupido del Parnaso (1); quién compara su poesía á brillante y ligera mariposa, cuyos colores puede ajar la mano más delicada (2); quién percibe en ella el suave é inextinguible perfume de la rosa (3); quién la dulzura del panal (4); quién la diafanidad y frescura de la fuente que brota

(1) Andrés, *Historia de toda la literatura*, t. iv, Madrid, 1767.

(2) Ficker, *Histoire de la litt. class.*, t. i, pág. 68.

(3) Monfalcón, *Odes d'Anacreon*, pág. 14.

(4) Escaligero, *Poetices*, lib. i, cap. XLIV.

en la montaña (1). Horacio (2) calificó su estilo con una frase gráfica: *non elaboratum ad pedem*; Moore, su intérprete inspirado, proclama su legado poético la obra más perfecta de la antigüedad clásica, y hace de sus odas hijos de las Musas, balbuceando versos (3); Schoell (4) dice que ríe y juguetea con la ingenuidad de un niño cuya inocencia encanta; y, en fin, apenas se hallará crítico alguno antiguo ni moderno que no le ponga sobre su cabeza.

La dificultad de traducir un autor está siempre en razón directa de su mérito. Por eso dijo La Harpe, aunque demasiado en absoluto: «*ne traduisons pas Anacréon*;» pero la misma hermosura de la poesía anacreóntica parece que arrastra á interpretarla en el nativo idioma. El sentimiento de lo bello es sumamente comunicativo, y á la necesidad de dar expansión al que produce Anacreonte, se deben, sin duda, las muchas traducciones que de él poseemos. La que ahora halla amistosa acogida en la BIBLIOTECA CLÁSICA, ha dormido en el pupitre un año más de los que exige Horacio. Es la más completa de cuantas hasta la fecha se han publicado en España, pues comprende todo lo auténtico y dudoso de Anacreonte, excepto algunos fragmentos insignificantes. El texto á que nos hemos atendido principalmente es el de Brunck y Bois-

(1) Victor Hugo. *Les Chants du crepuscule*, xxix.

(2) Oda xiv, lib. v.

(3) Works, pág. 293.

(4) *Hist. de la litt. grecque*, París, 1823, 2.<sup>a</sup> ed., t. i, p. 268.

sonade, cuyo orden seguimos, consultando las variantes de Barnes, Baxter, Paw y otros insignes helenistas que hemos tenido á la mano. La versión está generalmente en el metro consagrado por el parnaso español, y procura ser fiel al original y evitar ampliaciones. En esto último estriba, si no me engaño, su único mérito; pues sin modestia la reconozco incapaz de competir, en otros conceptos, con las traducciones de Villegas, Castillo y Ayensa y hermanos Canga-Argüelles, en los que ha tenido la musa teyana intérpretes muy elegantes.

FEDERICO BARÁIBAR.

EPIGRAMAS EN HONOR DE ANACREONTE.

---

DE SIMÓNIDES.

Ἡμερὶ πανθέλκτειρα, μεθυτρόφῃ...

Madre alegre del vino y la abundancia,  
Que en graciosa espiral tuerces los brazos,  
Despliega aquí tu ingénita elegancia.  
Cubre de verdes, encrespados lazos  
De Anacreonte el túmulo ligero,  
Y da al fúnebre cipo mil abrazos.  
Así el buen bebedor y compañero,  
Cuya lira de jóvenes prendada  
Llenaba de la noche el curso entero,  
Tendrá la sien de tu uva coronada,  
Y siempre goteará sobre su lecho  
De tu néctar la esencia delicada,  
Menos dulce que el canto de su pecho.

---

## DE CRINÁGORAS.

Βιβλῶν ἢ γλυκερῆ λυρικῶν...

Dulce obra de las Gracias,  
Encierra el manuscrito  
De poesías líricas  
Cinco preciosos libros.  
El Teyo Anacreonte  
Los escribió festivo,  
Ora al amor cantando,  
Ora cantando al vino.  
En tu natal, Antonia,  
Feliz te los envió,  
Pues son de tu belleza  
Y de tu ingenio dignos.

---

## DE ANTÍPATRO SIDONIO.

Θάλλα: τετρακόρυμβος, Ἄνακρέον.

Broten en tu sepulcro  
La yedra trepadora,  
La tierna flor que el prado  
De púrpura colora,  
De leche blancas fuentes,  
Y de aromoso vino  
Dulcísimas corrientes;  
Y alegren, si á los muertos  
Es dable el regocijo,  
Tu polvo, Anacreonte,  
De las Camenas hijo,  
Que del vivir los mares  
Surcaste con amores  
Y báquicos cantares.

---